

# ECCLESIASTICA XAVERIANA

ORGANO DE LAS FACULTADES ECLESIASTICAS  
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA XAVERIANA

VOLUMEN VI - 1956

## CONTENIDO:

Dirección de la Revista  
Suscripción de Benefactor 1956  
Retrato de San Ignacio  
Cuarto Centenario de la muerte de San Ignacio

### SECCION CENTENARIO IGNACIANO

Raíz, flor y fruto en la Obra de San Ignacio  
**Eduardo Ospina, S.J.**

La ascética de los Ejercicios de San Ignacio  
**Fernando Velásquez, S.J.**

### SECCION TEOLOGICA

La Teología del Espíritu Santo en Mario Victorino. Explicación teológico-filosófica  
**José Vergara, S.J.**

### SECCION CANONICA

La Ley Concha ante el Derecho de la Iglesia  
**Alonso Arteaga Yepes, Pbro.**

### SECCION ESCRITURISTICA

Notas Introdutorias a la Noemática de San Efrén  
**Carlos Bravo, S.J.**

### SECCION BIBLIOGRAFICA

Símbolo e historia en Gén. 2-3  
**Carlos Bravo, S.J.**

### SECCION CIENTIFICA

Estudio sobre los Ordenes Colymbiformes, Procellariiformes y Pelecaniformes en las familias Phæthontidæ, Sulidæ y Fregatidæ  
**Antonio Olivares, O.F.M.**

### SECCION HISTORICA

Los primeros Obispos de Cartagena  
**Juan Manuel Pacheco, S.J.**

### REVISTA DE LIBROS

**DIRECTOR:**

**Guillermo González Quintana, S. J.**

**SUBDIRECTOR:**

**Enrique Herrera Góez, S. J.**

---

**DIRECCION Y ADMINISTRACION:**

**Carrera 10 No. 65-48.**

**TELEFONOS: 49-44-34 y 49-56-00**

**BOGOTA, D.E., COLOMBIA, S. A.**

**Suscripción Ordinaria anual: \$ 6.00 (Exterior: US\$. 3).**

**Suscripción de Benefactor anual: \$ 50.00 (Exterior: US\$. 50).**

---

## SUSCRIPCIONES DE BENEFACTOR 1956

**Excmo. y Rvdmo. Sr. Angel María Ocampo Berrio,**

Obispo de la Diócesis de Tunja

**Ilmo. Mons. Manuel B. Pacheco**

Vicario General de la Diócesis de Santa Marta y

Prelado Doméstico de Su Santidad.

**R. P. Carlos Ortiz Restrepo, S. J.**

Rector Magnífico de la Pontificia Universidad Javeriana.

**R. P. Fernando Barón, S. J.**

Rector del Colegio de San Bartolomé —La Merced— Bogotá.

**R. P. Juan Miguel Silva, S. J.**

Rector del Colegio de San José — Barranquilla.

**R. P. Enrique Giraldo, S. J.**

Rector del Colegio Nacional de San Bartolomé —Bogotá.

**R. P. Celestino Redín, S. J.**

Rector del Colegio de San Francisco Javier — Pasto.

**R. P. Angel Merino, S. J.**

Rector del Colegio de San Pedro Claver — Bucaramanga.

**R. P. Ramón Aristizábal, S. J.**

Rector del Colegio de San Ignacio — Medellín.

**R. P. Alberto Campillo, S. J.**

Rector del Colegio de San Juan Bechmans — Cali.

**R. P. Roberto Martínez, S. J.**

Rector del Colegio de San Luis Gonzaga — Manizales.







Con ocasión de esta magna fecha, el 31 de Julio de 1956 se organizaron diversos actos culturales y religiosos, a los cuales se asociaron especialmente las Facultades Eclesiásticas.

El 26 de Julio en el Teatro Colón, se presentó un Acto Literario-Musical en el que llevaron la palabra el Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad Mons. Paolo Rértoli y el eminente jurista y parlamentario Dr. Fernando Londoño y Londoño, quienes destacaron la obra de San Ignacio en el Pontificado y en la Cultura occidental.

Las Masas Corales, integradas por los Coros de los Reverendos Padres Franciscanos, Eudistas, Salesianos, Seminaristas Aloysianos, Jesuítas y los niños del Instituto San Antonio, dirigido por los Padres Terciarios Capuchinos, bajo la dirección del Reverendo Padre Juan José Briceño, S.I., interpretaron:

*Ave María*, de N. Otaño S.I., a 5 voces mixtas

*Marcha de San Ignacio*, de N. Otaño, S.I., a 6 voces mixtas

*Los Mártires de la Arena*, de L. de Rille, a 4 voces iguales.

Los días 29 y 31 el Excmo. Sr. Nuncio y el Emmo. Sr.

Cardenal Luque, celebraron de pontifical en la Iglesia de San Ignacio. El panegírico del Santo estuvo a cargo del Excmo. Sr. Baltasar Alvarez Restrepo, Obispo de Pereira.

El 31 por la noche se sirvió en las Facultades Eclesiásticas una comida para los Venerables Sres. Párrocos y los Superiores Religiosos de la Ciudad, con asistencia del Sr. Cardenal Prímado; se les obsequió un Acto Literario-Musical.

En la Semana Ignaciana de Conferencias, como preparación a las festividades, los Padres Fernando Velásquez y Eduardo Ospina, Profesores de Teología, dictaron dos conferencias, que publicamos en este número.





## RAIZ, FLOR Y FRUTO EN LA OBRA DE S. IGNACIO

*Conferencia pronunciada por Eduardo Ospina S. J., Profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, con motivo del IV Centenario de la muerte de San Ignacio.*

### **I. Raíz de la obra de San Ignacio: los Ejercicios Espirituales.**

Propiamente hablando, la raíz de la obra llevada a cabo por una personalidad es la personalidad misma. Y hablando en concreto, la raíz de la obra de San Ignacio fue su extraordinaria personalidad, transformada por una generosa conversión y culminada en una entrega absoluta a la gloria de Dios.

Pero, como esa personalidad transformada por la conversión y entregada a Dios, se refleja tan admirablemente en los Ejercicios Espirituales, cuya ambiciosa finalidad es realizar en cada ejercitante la conversión y entrega obradas en su autor, y como conviene diferenciar de una obra la personalidad de su autor, podemos bien decir que, en la gran obra de la vida ignaciana, la raíz fueron los Ejercicios Espirituales, su flor fueron las Constituciones de la Compañía de Jesús, y su fruto, la Compañía misma, creada por su autor y modelada por las Constituciones.

\* \* \*

En brevísima síntesis podríamos decir que los Ejercicios se consuman en dos etapas fundamentales:

en plantear radicalmente el problema de la propia existencia, y en centrar su solución en Cristo, Salvador y Modelo.

Formulada tan en breve esta síntesis, no se vislumbra fácilmente su enorme alcance en la línea de la propia conducta. Pero los Ejercicios, hechos para ser practicados, responden por sí de su potente eficacia transformadora.

La primera etapa, más rápida y que casi se tendría por una introducción, es llamada por su autor en los Ejercicios: *Principio y Fundamento*.

Imagináos un filósofo genial, fundamentalmente cristiano, que, en una noche serena, ante el espectáculo del cielo estrellado, se recoge profundamente, para pensar en la razón de ser de su existencia. Ese filósofo genial, iluminado por la Fe, es un soldado recién convertido que, impresionado por la seriedad de la vida, pronuncia este interrogante inquietador:

—Para qué existo yo en este gran universo?

Y él mismo responde con gravedad y certidumbre:

—El hombre existe para rendir homenaje a Dios con su fiel servicio y así salvar su alma. Y todas las cosas de este mundo existen para ayudar al hombre en la consecución del objetivo de su existencia.

Y ved cómo sigue guiando el pensamiento, desde esta afirmación abstracta y global, hasta un punto céntrico y práctico, punto de partida de una línea que es como una flecha de luz dirigida hacia el infinito.

¡Porque medita:

—Los variadísimos seres de este rico y complejo mundo que nos rodea pueden ayudarnos, unos más, otros menos, para llegar a la meta de nuestra existencia...

Y comprende que esta idea, nítida y clara como un diamante, presenta tres facetas más luminosas: una idea de proporción, una exigencia de espera, un arranque resuelto. La idea de proporción es ésta: puesto que unos seres nos ayudan más, otros menos, en nuestro camino, hay que escoger los que más ayuden.

La exigencia de espera —que él llama actitud de *indiferencia*—, es un momento de consideración hasta acabar de ver qué es lo que más nos ayuda para nuestro fin.

El arranque resuelto, que sale de la indiferencia, es el propósito deliberado de «desear y elegir solamente lo que más nos conduce al fin para que somos creados».

Esta mentalidad noble y profunda, grandiosa respuesta

cristiana al antiguo materialismo pagano y al materialismo y existencialismo modernos, comprende con vigor los grandes tratados de la Teología católica sobre la creación, la redención, la elevación al orden sobrenatural, la gracia divina y la beatitud eterna. Y forma un ambiente luminoso que impresiona y casi deslumbra a quien practica por primera vez los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

Ideas superiores, que desenvueltas en una trayectoria simple y grandiosa, llevan al ejercitante, por contraste, a la consideración de la propia vida, tal vez desorientada en sus deseos, tal vez profanada por el mal.

El mal, el misterio del mal, que tanto impresionó a San Agustín al inquirir su esencia metafísica, impresiona a Ignacio y a su ejercitante al contemplar su naturaleza psicológica y sus consecuencias morales, desde su historia en el cielo y en la tierra hasta su tremenda sanción.

En la meditación sombría y laberíntica del mal, podría decir el ejercitante con el peregrino que empezó su itinerario hacia el infierno:

Nel mezzo del cammin di nostra vita  
mi ritrovai per una selva oscura,  
che la diritta via era smarrita.  
Ah quanto a dir qual era è cosa dura  
esta selva selvaggia e aspra e forte  
che nel pensier rinnova la paura!

En aquella «selva selvaggia» de lo que en los Ejercicios es llamado *Primera Semana* (porque los Ejercicios completos se hacen aproximadamente en un mes), en medio de las austeras meditaciones sobre el pecado, la muerte, el juicio de Dios, el infierno, de repente, como si en la selva oscura apareciera una visión celeste, deslumbrante de amor y de dolor, surge la imagen de Jesús Crucificado, quien por su Sacrificio sangriento es la explicación de por qué yo ejercitante ignaciano, estoy aún en esta vida y no en el abismo eterno, precio de mis pecados.

Esta transición rápida y fuerte de la consideración de nuestra vida pecadora y arrepentida a la contemplación de Cristo nuestro Salvador es característica de los Ejercicios y conduce a la segunda etapa de este camino de perfección. Porque el

ejercitante vuelve sobre sí una mirada escrutadora y se pregunta:

—Hasta aquí, qué he hecho por Cristo? Hoy qué hago por Cristo? En adelante qué debo hacer por Cristo?

Preguntas graves, penetrantes de pesar amoroso y de generosas resoluciones prácticas, que son el comienzo de una nueva vida.

\* \* \*

La *Segunda Semana*, principio de la segunda y última etapa, empieza por una especie de parábola de profundo sentido y de una correspondencia íntima con el Principio y Fundamento. En el libro de los Ejercicios lleva por título: *El llamamiento del Rey temporal*.

El alma épica del militar convertido recoge en la imagen ideal un rey terreno todos los atractivos que pueden despertar en un ánimo caballeresco sentimientos de honor generoso y de ardiente simpatía.

Es un rey elegido por Dios, un rey que es señor de todos los señores y súbditos cristianos, a quienes invita a conquistar el mundo no cristiano, bajo sus órdenes y a su ejemplo. Porque este rey humanísimo, sencillo en el alimento y en el vestido, va a trabajar como cualquier guerrero, combatiendo personalmente en el día y velando en la noche. Así su invitación es obligante y ningún ánimo noble la puede rechazar.

Pero luego viene la segunda parte de la parábola, el sentido real de aquel hermoso símbolo.

Y dice el caballero, hecho ya soldado del Rey celeste.

«Si consideramos ese llamamiento de un rey temporal a sus súbditos, cuánto más digno de consideración es Cristo Nuestro Señor, Rey eterno, que dice a cada uno en particular: «Mi voluntad es conquistar todo el mundo. El que quisiere venir conmigo, ha de seguir mi ejemplo en el combate, para que lo siga en la victoria».

Entre los que oyen la invitación de Cristo, los que «tengan juicio y razón», dice Ignacio, ofrecerán todas sus personas para trabajar con El, y así lo hará cualquier fiel cristiano. Pero

los que quieran señalar en todo servicio de su Rey eterno, no sólo ofrecerán sus personas al trabajo, sino que harán oblaciones más valiosas, y se ofrecerán a seguir el ejemplo de Cristo —si es su mayor gloria!— en la humildad y en la pobreza de corazón y en la pobreza actual por el renunciamiento de cuanto poseen, para entregarse a la conquista del mundo con Cristo y por Cristo».

Vosotros diréis: —Estas son palabras mayores!... Pero cuál es su relación con la mentalidad del Principio y Fundamento?

Esa relación es una intuición excelsa. La culminación de aquella mentalidad era la resolución de «desear y elegir solamente lo que más conduce al fin para que fuimos creados». El Dios encarnado, que se hizo hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida, *nos da ejemplo de vida, redimiéndonos*. Por tanto redimir, salvar almas, conquistar el mundo para el cielo, es no sólo la mayor hazaña de Dios en el universo, sino también, pues el mismo Cristo nos invita a ella, nuestra mayor hazaña divina, y por tanto el mejor medio para salvarnos a nosotros mismos.

Esta hazaña divina, la más gloriosa para Dios y la más benéfica para el hombre, es lo que el lenguaje ignaciano llama «gloria de Dios», que anhelada en el más alto grado es el lema típico de San Ignacio: *la mayor gloria de Dios*.

Véis así unidos, en un enlace natural y fuerte, la resolución del problema personal acerca de nuestra propia salvación y el concepto y práctica del apostolado cristiano, consagrado a la salvación de nuestros prójimos.

\* \* \*

En seguida de esta parábola del *Rey temporal*, que se puede llamar el *Segundo Principio y Fundamento*, por ser la forma concreta del primero que se había expresado abstractamente, en seguida de esta parábola, una *Segunda Semana* contempla los principales «Misterios» de la vida de Jesús, desde su Encarnación hasta la entrada triunfal de los ramos, o sea el apostolado de Jesús antes de la Pasión. La *Tercera Semana* contempla el Sacrificio del Redentor desde la Última Cena hasta el se-

pulcro. La *Cuarta* desde su Resurrección hasta la Ascensión del gran Conquistador a los cielos.

Así, aquel místico que parece arrobado en la contemplación de la vida terrestre y celeste de Jesús es impulsado por su misma contemplación hacia el fiel seguimiento y ardorosa imitación del Salvador, y ahí está la clave de su santidad personal.

Pero su amor a Cristo, savia viviente del árbol de los Ejercicios, no brotó sólo esta flor de su santidad individual, esa flor de un rojo macerado, palpitante y deshecho, cual la llaga que lleva nuestro Señor al pecho, a la manera de aquella flor de cardo de que nós habla Guerra Junqueiro. El amor de Cristo, apoderado de aquel noble corazón de soldado convertido, fue elaborando poco a poco otra flor, hermana de la primera y, como ella, roja de ardiente amor: era la aspiración de una santidad social, que encontró su expresión en las Constituciones de la Compañía de Jesús.

### **II. La flor de la obra de San Ignacio: Las Constituciones de la Compañía de Jesús**

Si consideramos la cronología estricta de los hechos y el sentido riguroso de los términos, debemos decir que las Constituciones completas y definitivas fueron escritas después de las aprobaciones pontificias de la Compañía. Pero esas Constituciones no fueron sino la explicación amplia, precisa y minuciosa de las dos Fórmulas del Instituto presentadas a Paulo III en 1540 y a Julio III en 1550 para las Bulas de aprobación.

Por otra parte, esa idea amplia y precisa, que luego alcanzó su expresión en las Constituciones, brillaba desde muy antiguo en la mente del Santo Fundador y fue inspirada, concebida y precisada por la idea de los Ejercicios. Por eso se puede decir con propiedad que las Constituciones son la flor de los Ejercicios.

Proponiendo ante todo el objetivo de la Compañía, dice la III Parte de las Constituciones: «Nuestra vocación es para hacer vida en cualquiera parte del mundo, donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las almas». Véis ahí la unión entre la vocación a la vida nueva personal y el apostolado social, entre los Ejercicios y las Constituciones?

Y explicando la esencia de la nueva vocación dice: «El fin de esta Compañía es, no solamente atender a la salvación y perfección propias con la gracia divina, mas con la misma intencionalmente procurar de ayudar a la salvación y perfección de los prójimos».

Y ciñéndose todavía más al espíritu y al mismo tiempo a la letra de los Ejercicios, que consideraba al Salvador como un Rey celeste, en la parábola del Rey temporal, y como el «Sumo Capitán de los buenos» en la *Contemplación de Dos Banderas*, dijo luego en la Fórmula del Instituto, germen de las Constituciones: «El que quisiere militar para Dios, bajo la bandera de la Cruz en esta Compañía que deseamos se honre con el Nombre de Jesús, y servir sólo al Señor y al Romano Pontífice su Vicario en la tierra, después de haber hecho votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia perpetuas, considere seriamente que forma parte de esta Compañía, cuyo fin es el bien de las almas». Véis en esa finalidad la conquista del mundo propuesta por el Rey eterno y en esos votos las oblaciones más valiosas de los caballeros que se quieren distinguir en todo servicio de su Rey?

De ahí se comprende la concepción no menos característica en la ascética ignaciana, que es la quintaesencia de las Constituciones y consiste en el perfeccionamiento de la personalidad en orden al apostolado y el ejercicio del apostolado como perfeccionamiento de la personalidad. Es una causalidad y colaboración mutua entre la ascética y el apostolado. Es el aquilatamiento supremo de la perfección individual para la salvación de las almas y la salvación de las almas para alcanzar en el más alto grado la perfección y salvación propias. Esto sí que es «desear y elegir solamente lo que más conduce al fin para que somos creados». Véis cómo florecen los Ejercicios en el pensamiento y vida de las Constituciones?

\* \* \*

Para acabar de comprender esta relación entre una planta y una flor, entre una resolución de vida perfecta y la forma concreta que en la vida viene a tomar esa resolución, permitidme sólo indicar los principales tópicos de que tratan las Constituciones en sus diversas Partes o Libros:

De la selección de las personas (P.I,II, y V).

De su formación en la virtud (P.III y VI).

De su formación científica (P.IV).

De su formación física (P.III).

Una vez formados, de su aplicación a la salvación de las almas (P.VII).

Puesto en movimiento ese ejército, del firme contacto entre sus partes (P. VIII y IX).

Finalmente, de la conservación y promoción de la Compañía en su buen estado y actividad (P.X).

Cada una de esas partes de las Constituciones no es sino la adaptación de un aspecto de la vida humana al ideal de perfección evangélica diseñado en los Ejercicios.

Desde luego el simbolismo general que concibe la vida religiosa como una milicia que adelanta una conquista, es la forma concreta de aquella gran conquista simbolizada en la parábola del Rey temporal.

Conforme a esa concepción cabaleresca, San Ignacio decía que la Compañía de Jesús era como un escuadrón de caballería ligera, para poder acudir con presteza a donde fuera menester. Para alcanzar esa rapidez de movimientos, las Constituciones exigen unas disposiciones muy precisas y muy militares en los jinetes de esta caballería.

Esas disposiciones ya se esbozan en los votos clásicos de la vida religiosa, pero practicados con rigurosa perfección. Según las Constituciones, estos soldados espirituales deben practicar una castidad angélica, obedecer con una obediencia estricta, y vivir con una gran pobreza de corazón y de hecho. Se suele hablar no poco de las grandes riquezas de los Jesuitas. Y en verdad que por la generosa ayuda de nuestros amigos y bienhechores, nos es posible llevar a cabo obras grandes y costosas para la mayor gloria de Dios. Pero la práctica de la pobreza como virtud moral y como disposición de una milicia espiritual es eminentemente individual, y creedme, individualmente los Jesuitas, que carecen de toda propiedad y hacen sus votos para cumplirlos, practican una pobreza mucho mayor de lo que desde afuera se puede imaginar.

Por aquella humildad y pobreza actual de los caballeros que



quieren hacer las oblaciones más valiosas, los soldados de Ignacio hacen voto expreso de no desear ni aceptar dignidades eclesiásticas, si no fuere por mandato del Romano Pontífice, a cuyas órdenes se ponen no sólo por la obediencia que le debe todo fiel cristiano, sino también por un voto solemne especial de obediencia al Lugarteniente del Rey eternal.

\* \* \*

San Ignacio, después de vivir larga y profundamente las verdades cristianas que modelaron su santidad personal, fue redactando los Ejercicios, según sus variadas experiencias, en su forma completa de cuatro semanas, con orden y prácticas muy sabias y cuidadosas y los destinó principalmente para hacerlos practicar a personas muy selectas que reúnan condiciones perfectamente definidas y peculiares.

Porque San Ignacio no destinó sus Ejercicios completos para toda clase de personas, aun las dotadas de excelente voluntad. El definió las cualidades que ha de tener el que va a hacer los Ejercicios completos (y dicho sea de paso, el Santo supone que el ejercitnate es uno solo, no un grupo de personas).

El enumera esas cualidades personales en los directorios que redactó o dictó como normas para los sacerdotes que habían de dirigirlos en su forma completa y perfecta.

Mirad algunas de esas condiciones enumeradas en uno de los directorios.

1a. Que el que va a hacer los Ejercicios sea tal, que pueda rendir mucho fruto en la casa de Dios, si fuere llamado a ella.

2a. Que si no tiene mucha ciencia adquirida, al menos tenga edad y suficiente ingenio para adquirirla.

3a. Que pueda elegir libremente el estado de perfección, si Dios lo llamare a ella.

4a. Que no esté cautivado por alguna afición terrena... y cuanto más apto fuere para la perfección evangélica, simplemente hablando es más apto para los Ejercicios.

Y ahora sería interesante enumeraros las condiciones que en la parte I de las Constituciones señala el Santo en los que han

de ser recibidos en la Compañía. Allí reproduce con expresiones muy semejantes las condiciones que exigía para el candidato a los Ejercicios.

Y para que se acabe de ver esa relación íntima de los Ejercicios con las Constituciones, habéis de saber, para vuestra curiosidad, que el Santo Fundador exige en los candidatos para la Compañía ciertas dotes exteriores que tienen importancia en el apostolado, y dice así:

«Cuanto al exterior, es de desear la gracia en el hablar, tan necesaria para la comunicación con los prójimos. La aparien-  
cia honesta con que más suelen edificarse aquellos con quien se trata, etc.»

Pues bien: entre las cualidades del candidato a los Ejercicios completos, señala éstas:

«Que tenga buena y honesta presencia».

Qué tendría que ver la «buena y honesta presencia» en un ejercitante, si no fuera porque los Ejercicios tienen una relación directa con las condiciones de vida contenidas en las Constituciones?

En resumen digamos que los Ejercicios son una inspirada ordenación de prácticas religiosas fundadas en las verdades cristianas, que determina un intenso ambiente espiritual de claridad y fervor, para comprender la importancia y grandeza de la propia salvación y santidad y de la vida consagrada a la santificación y salvación de nuestros semejantes, y las Constituciones son la ordenación práctica de la manera como personas asociadas pueden realizar en el grado más perfecto su propia santidad y salvación y la santidad y salvación de los demás.

Tal es la íntima relación de los Ejercicios con las Constituciones ignacianas: es la relación que media entre una causa bien ordenada y su efecto normal, la relación entre una planta y su flor.

### III. El fruto de la obra de San Ignacio: la Compañía de Jesús

Las Constituciones son una idea, una bella flor del pensamiento. Pero una bella flor puede ser cortada de su tallo y morir bellamente en un bello jarrón: esa flor no daría fruto. La bella idea podría quedar limitada a la esfera de las ideas.

La realización de esa idea, inspirada por los Ejercicios y contenida en las Constituciones no dependía sólo de la idea misma: dependía de otros factores determinados también por la fuerza de la savia procedente de la raíz. Así se comprende que la raíz fecunda de los Ejercicios influyó doblemente en la producción del fruto final: los Ejercicios como ideal de vida y los Ejercicios como fuerza de acción.

Porque la voluntad de alcanzar con perfección el último fin de su existencia comunicó a San Ignacio la fuerza y la constancia invencibles con que superó todas las grandes dificultades que se le fueron ofreciendo hasta convertir la idea de la Compañía en la realidad de la Compañía.

Pero los Ejercicios como fuerza de acción no influyeron en el Santo Fundador sólo en cuanto le comunicaron vigor y constancia. La concepción grande y poderosa como él mismo quiso y llevó a término su propia santidad trajo consigo, en un principio un deseo nostálgico y, con el tiempo, un propósito definido y ardiente de organizar una Orden religiosa en la que, por decirlo así, pudiera verter su propia alma.

Y pensad ante todo en la ambición inmensa del coloso: él, conforme a la idea fundamental, quería «desear y elegir solamente lo que más conduce al fin para que somos creados». Por eso entregó todo su pensamiento, toda su actividad, todos los instantes de su vida a la mayor gloria de Dios por la salvación de las almas. Pero, como en el principio vital de una planta boga como en un río un misterio de vida heredada por siglos y milenios, que a su vez lleva en sí la promesa de una vida futura por siglos y milenios; en la voluntad de gloria de Dios que impulsa la vida de los grandes santos, corre la inmensa aspiración glorificadora y milenaria de la Iglesia que continúa empujando como una fuerza profética hacia los milenios futuros.

San Ignacio experimentó así en sí mismo la vida divina de la Iglesia. Y él, que tenía la ambición de amar y glorificar a su Dios, una inmensa ambición tan grande como el mundo y más fuerte que el tiempo y que la muerte, quiso seguir amándolo y glorificándolo como con un corazón inmenso e inmortal que abrazara al mundo entero y ardiera a través de los siglos... y esta ambición loca, que San Pablo llamaría «locura de la Cruz», era en realidad como la locura de San Pablo el milagro de la sabiduría de Dios.

Esa ambición atrevida era la fundación de una Compañía, cuyo lema fuera *la mayor gloria de Dios en la salvación de las almas*, estructurada toda ella para realizar esa ambición y estuviera dotada de una expansión mundial y de una perenne duración. Pensad en la dificultad de esa obra por su amplitud y complejidad.

Esa su «Compañía de caballería ligera» había de alistar soldados en todas las razas y regiones de la tierra. Había de vestir su uniforme y vivir su espíritu, no sólo el europeo y el americano caballeresco y reflexivo, sino también el africano ardiente y sentimental, y el asiático con todos sus matices raciales: el chino ingenioso y tradicional, el japonés reservado y meditativo, el indio místico y soñador. Todas esas mentalidades habían de encenderse en una misma aspiración de conquista a lo divino y trabajar por realizarla con un mismo espíritu, que hoy llamaríamos nosotros espíritu ignaciano. Y por tanto ese escuadrón de jinetes conquistadores tendría que desplegarse y avanzar en sus campañas desde las altiplanicies y llanuras de las Américas hasta los bosques y desiertos africanos y desde las cálidas islas de la Polinesia hasta los islotes helados del Ártico. Y toda esa extensión unificada por un mismo comando, empeñada en cumplir las mismas órdenes y alcanzar los mismos objetivos.

Pero además esa Compañía de luchadores, una vez muerto su Fundador había de seguir viviendo y desplegándose y extendiéndose y conservando siempre la misma ambición y la fuerte unidad militar en su comando, en su espíritu y en sus objetivos.

Confesemos que semejantes obras sociales no son posibles sino en la Iglesia católica y por ella. Porque fuera de ella no han existido, ni existen, ni tal vez existirán jamás.

Pero esos imposibles en la historia del mundo, de los cuales el más grandioso ejemplo es la Iglesia misma, son también una realidad en las sociedades que participan íntimamente de la vida divina de la Iglesia, la Madre de las maravillas.

La Compañía, ya en tiempo de San Ignacio, llegó, con San Francisco Javier, desde Roma hasta la India y la China y el Japón. A la muerte del Capitán, durante 233 años sus jinetes siguieron galopando por montes y llanuras y llegaron a todos los continentes, en número de 22.300.

En el año 1773 la Compañía llevó a cabo una de sus mayores hazañas. El Papa, su Jefe, presionado por los gobiernos masónicos de Europa, dio a la Compañía la orden de disolverse. Y la Compañía se disolvió en todo el mundo. Solamente, porque así se lo permitió el Papa, su Jefe, la Compañía siguió viviendo en un pequeño grupo refugiado en las lejanas estepas de la Rusia Blanca.

En 1814, el Papa, su Jefe, la volvió a restaurar en todo el mundo y desde hace 142 años, los jinetes ignacianos siguen galopando por montes y llanuras y han invadido, en mayor número que antaño, islas y continentes.

Yo sé que entre las grandes maravillas de la Iglesia, no es mucho decir que los 33.000 Jesuitas actuales enseñan en 550 Colegios, Seminarios y Universidades a unos 310.000 alumnos; que sostienen 580 Casas de beneficencia, entre ellas 16 leprosorios para 10.200 leprosos; que, anualmente, predicán unos 800.000 sermones, editan unos 1.200 libros y 1.350 revistas para unos 100.000.000 de lectores; que atienden a 60 territorios misionales con 5.600 misioneros; que cuentan en su genealogía 27 Santos canonizados, 139 Beatos y 1.068 Mártires.

Al ofrecer estos números, que no son sino cifras inertes de hechos exteriores, y que no os dicen nada de la vida oculta con sus actos incansables de amor renovado en la entrega, de silencioso esfuerzo en el trabajo, de fiel constancia en el sacrificio, yo no os pido un aplauso para mi Compañía; casi me atrevería a decir: no os pido ni siquiera un aplauso para mi Capitán, cuyo Centenario conmemoramos.

Os pido un aplauso para nuestros amigos que nos comprenden y nos aman y son los colaboradores de nuestras obras; un aplauso para nuestras familias, cuyo tibio nido modeló nuestro corazón y lo hizo capaz de escuchar la ternura de un llamamiento y sentir la gloria de un ideal; un aplauso para las Comunidades católicas que nos honran con su cariño y nos estimulan con su ejemplo; y, sobre todo, un aplauso para la Santa Iglesia Militante que nos hace vivir su misma vida, que en el combate nos enardece, enjuga nuestra frente y unge nuestras heridas, que, cuando cae hecho pedazos nuestro escudo, nos escuda con su manto y nos estrecha contra su pecho, que, cuando llega el momento feliz de rendir nuestra vida a Dios, deja caer un gajo de laurel sobre nuestra tumba y, a las puertas de la Iglesia Triunfante, nos presenta ante los brazos abiertos de nuestro Rey.



## LA ASCÉTICA DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Conferencia pronunciada con ocasión del IV Centenario de la muerte de San Ignacio.— Por Fernando Velásquez, S.J., Profesor en la Fac. de Teología de la Universidad Javeriana.

Al tratar esta noche de esbozar siquiera las grandes líneas de la espiritualidad ignaciana, como se revelan claras y nítidas en el pequeño libro de los Ejercicios, tan importante para la historia del mundo del espíritu, quisiera ante todo anotar un hecho importante: todas las espiritualidades, todas las escuelas ascéticas nacidas en el seno del cristianismo durante sus veinte siglos, no son otra cosa que otros tantos conatos, otros tantos impulsos ardientes y metódicos por alcanzar la *única* cima de santidad propuesta por Jesucristo en su Evangelio: Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto. A la pobre naturaleza humana tan frágil y combatida, tan limitada y débil, no le es posible llegar a la misma cumbre luminosa; pero Dios ha suscitado de tiempo en tiempo grandes santos que, iluminados en su entendimiento por luces de lo alto y hecho ascua de amor a Dios su corazón, nos han indicado caminos y rutas, que salvando abismos y atravesando las vertientes del monte, nos acercan a las claridades entrevistas de la cumbre anhelada. Estos capitanes del ejército de la santidad van conduciendo por distintos lados, de distinto y peculiar modo pero siempre hacia la misma cumbre las falanges de sus seguidores. «Es un hecho, una constante en el seno del Cristianismo, dice el P. Hugo Rahner. En la vida de la Iglesia siempre se da una elevación por encima de lo ordinario que determina el sentido de las vertientes. Para que haya un río de vida cristiana es menester que sus fuentes estén situadas en altas montañas».

Admirables son las fases de esta epopeya de ascensión en la historia de la Iglesia: es el espíritu de martirio que alienta los primeros siglos, es la huída del mundo realizada ásperamente por el monaquismo primitivo; es el alma ardiente de Agustín el africano que después de una lenta y dolorosa purificación de la mente y del corazón, llega a la paz del alma, a la caridad

encendida y sigue alimentando con su fervoroso misticismo los siglos medioevales y llega su soplo cálido hasta las frías generaciones modernas; es la «Pax» benedictina que en la oración y el trabajo empapados en espíritu litúrgico les muestra a sus seguidores nuevos caminos del espíritu; y siglos después, ante un mundo en gran parte olvidado de Cristo y amante del lujo y del placer, fulgura en la montaña del Alvernia Francisco de Asís, desposado con su dama la pobreza y traspasado el pecho en amor al divino Crucificado; y cuando atormentan al espíritu humano nuevas inquietudes y el espíritu filosófico heleno resucita amenazador en Occidente, la escuela de Santo Domingo de Guzmán encuentra la expresión luminosa, diáfana y profunda de su espíritu cimentado en la verdad del Dogma, en las páginas incomparables de la Suma Teológica del Angel de las Escuelas.

Dios siempre es mayor, dice hermosamente San Agustín, *Deus semper maior* por más que alejemos sus confines (Enarr. in Psalmos, 2,116); y el ímpetu de ascensión en pos de la santidad de ese Dios siempre mayor, dado por Cristo como distintivo a su Iglesia no puede perecer, ni debilitarse definitivamente aun en las más violentas sacudidas de la Historia. Amanecen tiempos nuevos y mundos nuevos. En la fría Alemania, el monje Martín Lutero, después de un proceso psicológico complicado que había ido de claudicación en claudicación, rompe en su orgullo con la Iglesia de sus padres, niega la libertad humana, quema la Bula de León X que lo condena y admitiendo el *pecca fortiter et crede fortius*, complaciendo la sensualidad de príncipes y grandes y halagando el espíritu nacionalista germano, arrastra consigo pueblos y estados enteros maduros ya para la apostasía.

Entre tanto, en la recia y cristiana España, el mismo año 1521 en que Lutero apostataba definitivamente de la Iglesia, el Capitán Iñigo de Loyola, herido en una pierna, pasa las horas de convalecencia, leyendo y meditando en la vida de Cristo por Rodolfo el Cartujano, pensando humildemente en sus muchos pecados y anhelando hacer algo muy grande por Cristo y por su Iglesia. Al año siguiente, 1522, mientras el heresiarca recorre a Alemania predicando su herejía y escribiendo sus libelos contra el Papa y el catolicismo, Ignacio con una luz nueva en su alma y un ardor desconocido en su corazón va cojeando camino de Manresa de donde saldrá con un pequeño libro de



apuntes espirituales, único en su concisión y único en su fuerza transformadora, que habrá de forjar almas tan decididas a escalar la cumbre de la santidad, como un Francisco Javier en las remotas Indias orientales, un Pedro Canisio en la patria misma de Lutero o un Pedro Claver en las playas de Cartagena.

Qué había en aquel librito, del cual se ha dicho que después de los libros santos es el que más bien le ha hecho a la humanidad? En primer lugar, notemos la aparente paradoja de que aquel libro no era para ser leído sino para ser vivido intensamente; era el contenido de una vida que se había entregado totalmente a Dios y que al mismo tiempo abría a muchas otras vidas una nueva ruta de ascensión acomodada a las necesidades del mundo que empezaba. Era como una respuesta que Dios daba en aquel siglo de grandes calamidades a las blasfemias y herejías de Lutero.

No nos da el Santo en su libro un tratado teórico de la santidad, sino que nos enseña prácticamente a preparar nuestra alma, a disponerla lo mejor posible para la santidad, por medio de una concentración de todas las fuerzas humanas puestas al servicio íntegro de la gracia de Dios. Esta cooperación de lo humano a lo divino, esta subordinación de la naturaleza a la gracia, pero aprovechando siempre hasta lo sumo las dotes y fuerzas naturales para ser puestas incondicionalmente al servicio de la gracia, que lo hará luego todo, este santo humanismo divinizado, constituye una de las principales características de la ascética ignaciana. El Santo nos enseña a aprovechar toda la naturaleza, poniéndola al servicio de la mayor gracia que podamos alcanzar de Dios; entre el pelagianismo que ensalza la libertad humana hasta destruir la gracia divina, y el luteranismo que niega la libertad para dejar sólo la gracia, Ignacio, en equilibrio admirable se nos muestra como el paladín de la libertad humana puesta al servicio de la gracia, libertad tanto más excelsa cuanto mejor coopere con la gracia en la obra incomparable de la santidad, en batalla abierta contra todos sus enemigos.

Para ganar esa batalla, Ignacio propone ante todo un ideal: Jesucristo. La ascética ignaciana es en efecto eminentemente cristocéntrica; otros maestros espirituales llevarán a sus discípulos por la dulce y amorosa imitación de Nuestra Señora, o remontarán su vuelo a las alturas de la Santísima Tri-

nidad o insistirán principalmente en las riquezas del Espíritu Santo que inhabita el alma justificada. Ignacio se convirtió a leer la vida de Cristo, su lectura y meditación favoritas fueron luego los Santos Evangelios y la Imitación de Cristo por Tomás de Kempis, para la Orden por él fundada exigió el nombre de Compañía de Jesús y centró su ascética en la imitación generosa y entusiasta de la vida de Cristo. Imitar a Jesucristo, imitarlo lo más perfectamente posible, muy cerca, hasta llegar a compenetrarnos con El en nuestro modo de pensar, de hablar y de obrar será el ideal que nos proponga Ignacio con una insistencia comparable a la mostrada por San Pablo en sus epístolas. El «*vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus*» podríamos decir que informa las páginas de los Ejercicios, los ~~a~~úna, les da su fuerza y vigor. La santidad sola, la santidad descarnada digámoslo así, sería inhumana si fuera posible; la santidad en la imitación de la vida y virtudes de Cristo se reviste de atractivos sobrehumanos.

Pero nos nos engañemos; esa santidad por la imitación lo más perfecta posible de Cristo Nuestro Señor, sólo se consigue mediante una lucha tenaz, continua, implacable contra las malas tendencias, contra la sensualidad, contra el espíritu del mundo y los halagos del demonio. Los Ejercicios, los verdaderos Ejercicios de San Ignacio van a concentrar todas las fuerzas del ejercitante de una manera lógica y armónica, pero tenaz y firme hasta lo sumo, contra los enemigos de la santidad humana: «Ejercicios espirituales, define el Santo, para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». Ignacio llevará al ejercitante, supuesta su docilidad a la gracia, a los anhelos del apostolado y a las cumbres del amor divino, pero empezará por la victoria personal, íntima y sincera de lo que tenemos más íntimamente arraigado en nuestro propio ser: el amor desordenado a nosotros mismos. Tremendo realismo ignaciano: cuando el ejercitante ha llegado a una cumbre, lo hace de nuevo mirar al fondo de su corazón, para que reconozca que toda victoria en el reino del Señor depende del modo como se haya despojado de su egoísmo; «piense cada uno, dice el santo, que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interesse».

Una lucha, pues, sin tregua contra los enemigos de la propia santidad y un ideal ardientemente amado, Jesucristo, son

las dos grandes líneas del marco ascético ignaciano. Pero notemos además que estas dos líneas, estas dos directrices, están unidas entre sí por una mutua relación íntima, por una concausalidad podríamos decir intrínseca y esencial: Luchamos contra nosotros mismos para poder unirnos con Cristo en el amor, y a su vez este amor a Jesucristo nos estimula y vigoriza en el combate contra nuestros apetitos desordenados.

Los Ejercicios completos de San Ignacio, suponen en el que los recibe o hace, un conjunto de cualidades físicas y morales que den esperanza fundada de gran provecho espiritual; es condición que pone expresamente San Ignacio; debe poseer salud corporal, dotes intelectuales suficientes, plena disposición de su tiempo durante los treinta días que han de durar y sobre todo una voluntad decidida de aprovechar cuanto pudiere en el camino de la perfección. Y este ejercitante, así de bien dotado, es inducido a poner todo su ser, cuerpo con todos sus sentidos, alma con todas sus potencias, según una maravillosa metodología, en la búsqueda ardiente de la santidad. El ejercitante descubre con emoción tras los velos del mundo visible, más allá de la historia externa y del ruido terrenal de la política y de los acontecimientos sociales, y sobre todo en el fondo mismo de su alma el fragor de un combate encarnizado que se libra entre Cristo y Lucifer. En esa lucha se está poniendo en juego, en una serie de episodios dramáticos, nuestra propia alma eterna y el Reino de Cristo en la tierra que quiere arrebatarse el demonio. Poderosos, imprescindibles aliados del demonio son nuestros apetitos desordenados, nuestro yo mundano y gozador, nuestro orgullo heredado del orgulloso Lucifer. Nuestra victoria general de Cristo, exige por consiguiente ante todo el vencimiento implacable de los aliados del Maligno que llevamos con nosotros: la sensualidad y el orgullo. Morir a ellos es darle entrada triunfal a Cristo en nuestra alma, es empezar la victoria final del Gran Rey del Amor. Morir por ende para vivir, morir más, porque la muerte total nunca se obtiene, para vivir más abundantemente: ahí está la síntesis de la ascética ignaciana que no viene a ser otra cosa sino el eco vigorizado, lleno de énfasis de la muerte necesaria del trigo para poder dar fruto, propuesta por el Divino Maestro.

Morir más, decíamos. La ascética del más, del mejor, del mayor, ascética del comparativo ha llamado un autor moderno a la ignaciana. De ahí sus fórmulas aceradas, tajantes:

«agere contra», obra contra, verbo y preposición que parecen juntarse para formar un compuesto de puro cuño ignaciano, en el que está encerrada toda una mentalidad. Igual fuerza y vigor tiene en su laconismo otra frase usada por el Santo en los Ejercicios y que ha pasado a la literatura ascética como síntesis de su espiritualidad vigorosa: «haciendo el opposito per diametrum» lo opuesto diametralmente a nuestros gustos y concupiscencias. Y refiriéndonos directamente a la que llamábamos ascética del más y del mejor, el Santo de Loyola la va proponiendo a través de todos sus Ejercicios como si fuera su nervio y columna vertebral, desde la primera consideración, llamada del Principio y Fundamento en que deja al ejercitante «solamente deseando y eligiendo lo que *más* nos conduce para el fin que somos criados», para hacerle pedir luego durante todas las meditaciones de la segunda semana «conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que *más* le ame y le siga» para hacerle subir luego en un crescendo maravilloso hasta pedirle en un coloquio a Nuestra Señora «me alcance gracia de su Hijo y Señora para que yo sea recibido en pasar oprobios e injurias por más en ellas le imitar» y llevarlo finalmente al tercer grado o tercera humildad perfectísima, es a saber «quando siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer *más* actualmente a Cristo Nuestro Señor, quiero y elijo *más* pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Christo lleno de ellos que honores y desear *más* de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo». El lema que eligirá su Compañía, extraído del jugo mismo de los Ejercicios no será simplemente hacerlo todo a la gloria de Dios, sino a la *mayor* gloria de Dios, desplegándose así el ejército ignaciano tras de ese ideal de superación. El Padre Ignacio, dice su compañero el P. Diego Laínez, era hombre de pocas ideas pero éstas muy fuertemente impresas en su alma; y sin duda la idea del más y del mayor correlativos en la lucha y en el amor fue una de las más arraigadas en el gran corazón de Ignacio.

Hemos tenido que repetir frecuentemente las palabras: muerte, abnegación, vencimiento, como las repite Ignacio en sus Ejercicios; palabras fúnebres y tristes si nuestro ser se detiene en ellas; pero no es así: morimos a nosotros para encontrar la vida en Cristo, nos mortificamos para hallar la libertad en Cristo y mientras más del todo muramos a las inclinaciones

malas, al egoísmo y al pecado, más lozana brotará la vida y junto con la vida propia en Cristo, surgirá la pasión irresistible de dar la vida espiritual a otras almas. «Para quien ha muerto en Cristo a sí mismo, todas las puertas se abren a la vez; como ha ofrendado su propio corazón, queda convertido en hombre de Cristo, apto para todas las formas en la empresa de la salvación. La vida interior de santidad y el apostolado adquieren en los Ejercicios su equilibrio cristiano».

Pero es tiempo de que veamos más de cerca cómo se realiza en los Ejercicios este ideal de la muerte y de la vida o de la muerte para la vida. En el camino de la santidad el primer paso, el primer impulso lo da Dios, y ese anhelo de santificación es uno de los mayores dones que Dios nos puede dar; los demás pasos los damos nosotros con Dios o Dios con nosotros, y en esa nuestra cooperación es donde radica la dificultad. Feliz quien en ese momento o período inicial de impulso hacia Dios se encierra a hacer fielmente unos verdaderos Ejercicios ignacianos, pues tendrá grandísimas probabilidades, o mejor certeza moral de hacer un increíble progreso en el camino de la santidad.

Este nuestro ejercitante de buenas dotes naturales, que entra, dice el Santo, «con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su Divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene se sirva conforme a su santísima voluntad», encontrará en este combate de treinta días, terribles desolaciones del demonio y suaves pero penetrantes consolaciones del Espíritu Santo que obra en el interior mismo del alma por ser el Creador y el Señor que puede «entrar, salir, hacer moción en el ánimo trayéndola toda en amor de su divina majestad, sin causa precedente». Así ayudada por Dios el alma subirá por cuatro escalones, cuatro etapas que Ignacio llama semanas, enlazadas en una unidad ascendente; en la primera luchará por purificar su corazón no sólo del pecado actual, para lo cual recomiéndase le confesión general, sino sobre todo de cualquier afecto desordenado al pecado, por medio de la consideración detenida de la malicia y fealdad del pecado, la gravedad de los castigos de la justicia divina; el alma así purificada se halla en disposición de comprender en una segunda etapa la belleza y la santidad de la vida de Cristo en su profunda abnegación, para asemejar su vida a la de Cristo por el amor y la imitación aun con la elec-

ción de un estado de perfección evangélica si Dios fuere servido de llamarla a tal altura. La Pasión y Muerte del Señor, gustada y sentida en la tercera semana, no sólo agrandará y profundizará más el amor a Cristo al verlo padecer y morir por su amor, sino que lo llevará a escoger la humildad de Cristo en vez del resto de orgullo que quede en su corazón, las humillaciones de Cristo en lugar de las vanidades del mundo y el amor a Dios y a las almas como el de Cristo en vez del egoísmo frío y estéril.

El ejercitante después de morir con Cristo en la Cruz, contempla luego en el gozo espiritual de la resurrección la vida gloriosa de su Señor transfigurado, como ejemplar divino de su nueva vida y esperanza cierta de su premio futuro. Estas son, a grandes rasgos, las etapas ignacianas, de cuyo fruto sólo puede darse cuenta el que las haya recorrido en su totalidad.

Este proceso de purificación y elevación del alma a través de las cuatro semanas, es un factor definitivo en el éxito de los Ejercicios; pero tanto como las materias contempladas o meditadas influye la manera de actuar que exige Ignacio al ejercitante; las verdades en su trabazón lógica, en su unidad ascendente, constituyen el elemento material y objetivo, mientras que la actuación característica del ejercitante ignaciano es su elemento formal y subjetivo.

Con una habilidad especialísima, el arte ignaciano compromete todas las facultades humanas, concentrándolas y enfocándolas a un fin único. El aislamiento del mundo, el recogimiento y mortificación de los sentidos exteriores, el silencio absoluto crean una atmósfera propicia a la meditación prolongada y serena. Una moderada penitencia corporal, para expiación de los pecados y para mejor imitar a Cristo en sus ayunos y penitencias, completa la mortificación de los sentidos externos. Con respecto a los sentidos internos y en especial a la imaginación de influencia tan poderosa, no sólo pretende San Ignacio que no distraigan al ejercitante inoportunamente, sino que los hace contribuir en forma positiva en la vívida composición de lugar, y en la formación de imágenes sensibles que encarnen las ideas abstractas. Así por ejemplo, en la meditación del Nacimiento, manda al ejercitante «ver con la vista imaginativa el camino desde Nazareth a Bethlem, considerando la longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino. Asimismo mirando el lugar de la espelunca (cueva) del na-

cimiento, quan grande, quan bajo, cuan alto y como estaba aparejado». Deja así San Ignacio el campo abierto para que trabaje la imaginación de cada uno en cosa santa que aumente su devoción. De él sabemos la inmensa curiosidad con que recorrió la tierra santa anotando hasta ínfimos detalles. En todas las meditaciones de la vida de Jesucristo propone San Ignacio a la imaginación, el dulce y eficaz trabajo de representarte la amabilísima persona del Salvador para hacérsela familiar, imprescindible. Las escenas se han de mirar como actuales y presentes, acortando distancias y salvando siglos, para que en ellas tome parte el ejercitante, viendo, oyendo, hablando con los personajes de la escena propuesta. Quienes tildan la ascética ignaciana de demasiado intelectualista y abstracta, no han comprendido todo cuanto Ignacio da a las demás facultades para que resulte un trabajo armónico y totalmente humano.

Es verdad, sin embargo, que las facultades a que el Santo atribuye mayor importancia, a las que encomienda un trabajo mayor y decisivo, son las espirituales de memoria, entendimiento y voluntad. Esto es lo que da a los Ejercicios su carácter tan marcadamente psicológico y su eficacia tan grande. «Los sistemas y métodos educativos o ascéticos impresionistas, los de estallidos y brillos instantáneos, los de libre vuelo, anota muy bien el P. Casanova, sólo producen espíritus entecos, sin consistencia moral y superficiales; jamás caracteres de temple y fortaleza probada cual los necesita la santidad. La ascética cristiana, más que ninguno otro sistema de formación, necesita poseer una racionalidad muy fuerte para huír de los dos escollos que la cercan: a saber, un empirismo ciego y casi materialista, y un sentimentalismo señador y delicuescente. La ascética ignaciana los ha superado, gracias sobre todo a esta cualidad, tal vez la más característica de los Ejercicios».

En esta ascética de los Ejercicios, la memoria actúa para el entendimiento y el entendimiento para la voluntad, formándose así el engranaje de las tres potencias tan racional, tan humano, y tan ignaciano. La memoria queda regulada por la fidelidad a los datos de la historia que se contempla; el entendimiento, está actuando durante los treinta días en sus actos propios de discurrir, para sacar unas verdades de otras, las conclusiones de las premisas, de contemplar o intuir espiritualmente la verdad sobre todo en los hechos de la vida del Señor, de considerar es decir ponderar las verdades y razones, los he-

chos y las circunstancias y así gustarlos y saborearlos íntima y sosegadamente, y finalmente de reflejir para aplicar a la propia vida las verdades meditadas o contempladas.

Las verdades y los hechos de Cristo que son verdades vividas, se contemplan y consideran, no para un deleite platónico, ni para una instrucción estática de la mente, sino para mover, motivar la voluntad en las grandes resoluciones que tiene que tomar. Vistas y consideradas las verdades y los motivos, la voluntad tendrá delante de sí un bien elevado y difícil, elegirá los medios mejores y más seguros para alcanzarlo, afrontará resueltamente las dificultades y los obstáculos bien dilucidados y conocidos, y contando con la gracia de Dios, se propondrá tender con toda su fuerza a la cima luminosa que Dios le muestra como meta anhelada. Porque San Ignacio sabe que, supuesta la gracia de Dios, la santidad es un problema ante todo de voluntad, ningún sistema ascético tendrá como el suyo este carácter de volitivo y racional tan marcado, tan acentuado.

Después de esta larga disertación, tal vez no nos extrañemos, de que los Ejercicios de Ignacio hayan producido a través de cuatro siglos frutos de santidad tan admirables, ni que el Santo, modestísimo como fue siempre, tuviera tanta confianza en que sus Ejercicios hechos en la debida forma prepararán al alma eficazísimamente para la santidad. Treinta días en el más completo recogimiento, meditando lo que el Santo llama «la vera doctrina de Christo Nuestro Señor», completa, purísima, en una unidad de acción maravillosa, empleando una vivísima actividad ordenada, metódica, profunda, en oración y contemplación, en exámenes frecuentes de conciencia, en continua plegaria de petición de auxilios divinos, no constituye lo que es humanamente posible hacer para preparar los caminos del Señor?...

San Ignacio estaba convencido de que la falta de santos se debe a la falta de cooperación humana a la gracia abundantísima que Dios ofrece. Axioma suyo es que no sabemos hasta dónde nos llevaría Dios en el camino de la santidad si no le opusiéramos estorbos a su Gracia. Este metódico trabajo del alma para quitarle estorbos a la gracia de Dios y para cooperar lo más dócilmente posible con ella usando todo nuestro ser en equilibrio, en armonía, en actividad tenaz y ordenada, obrando como si todo dependiera de nosotros, pidiendo a Dios y espe-



rando de El como si todo dependiera de El solo, constituye en esencia la gran iluminación que el Santo tuvo en Manresa para la renovación del mundo y es el fondo de su ascética.

El fruto pleno se obtiene, claro está, en la práctica de los Ejercicios completos, hechos con la duración, intensidad y método requeridos, sin acallar el llamamiento valiente y sonoro que hace el Santo de Loyola al seguimiento de la vida apostólica, a la imitación de la vida de pobreza, dolor y humillación de Cristo. No tan abundantes serán los frutos que recoja quien, sin hacer los ejercicios en su plenitud todavía procura empaparse de lo más íntimo de su contenido y sigue en cuanto el tiempo y las circunstancias lo permiten las grandes jornadas ignacianas en su método y contenido. Estas constituyen las acomodaciones de los Ejercicios, previstas y admitidas por San Ignacio. Pero no vayamos a bautizar con el nombre de Ejercicios ignacianos a una serie de pláticas o meditaciones desarticuladas sobre verdades eternas encaminadas a producir terror tan ajeno del espíritu de San Ignacio, o a simples entretenimientos espirituales, a una serie de conferencias de sociología, de temas sexuales o a discreteos feministas, que tal vez sean buenos y aun pueden halagar más a los oyentes, pero que no son ni se parecen de lejos a los genuinos Ejercicios ignacianos.

Y para terminar propongámonos una última cuestión. En nuestro mundo de hoy son de actualidad y conservan su fuerza los Ejercicios de San Ignacio? Los centenares de casas de Ejercicios esparcidas por todo el mundo, y que prácticamente se mantienen llenas durante todo el año nos dan una respuesta objetiva sobre la actualidad de los Ejercicios. El alma cristiana de hoy, en medio de la disgregación de fuerzas, de la división del espíritu humano, anhela por la concentración de sus energías espirituales hacia Dios; ante tanta debilidad reinante aspira a un vigor y a una energía como los exigen el reino de Dios; en medio del bullicio de las cosas humanas, desea tener períodos de quietud y silencio en frente de su Dios y de su destino eterno. Todo esto se lo da en grado excelente los Ejercicios ignacianos. Por esto nuestro gran Pontífice Pío XII, al pulsar como nadie las necesidades del mundo actual, vuelve sus ojos y su corazón al libro de Ignacio para recomendar encarecidamente, repetidamente y de la forma más solemne la práctica de los Ejercicios ignacianos. Así el 20 de noviembre de 1946, en la encíclica «Mediator Dei», formula el Sumo Pontífice su

pensamiento sobre los Ejercicios y su actualidad en estos términos:

«Es bien sabido que semejante retiro, practicado según el espíritu y método de San Ignacio, ha recibido de nuestros predecesores, precisamente por su admirable eficacia, las más completas aprobaciones y las recomendaciones más calurosas. Nós la misma insistencia y gustosamente lo hacemos una vez más el día de hoy». Y un año después dirigiéndose a unos peregrinos españoles de la obra de los retiros parroquiales precisa más su pensamiento en estas hermosas frases que serán nuestra última y definitiva respuesta a la pregunta sobre la actualidad de los Ejercicios:

«Los Ejercicios espirituales de San Ignacio, serán siempre uno de los medios más eficaces para la regeneración y recomposición del mundo, con tal que los Ejercicios sean auténticamente ignacianos. Por eso Nos pedimos la bendición para vosotros, peregrinos, por la intercesión de San Ignacio que nos dio el libro de los Ejercicios y por la intercesión de los numerosos santos que nos ha dado a su vez el libro de los Ejercicios».

*Fernando Velásquez, S.J.*